

28
13,261-11
0-12

DISCURSO

del Profesor

Don Agustín Ruiz Yanguas

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Á LOS NIÑOS Y NIÑAS DE LAS ESCUELAS MUNICIPALES

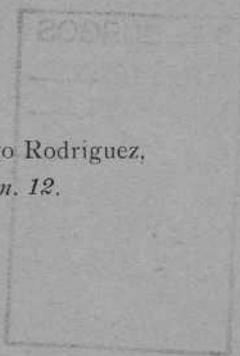
el día 2 de Julio de 1891.



BURGOS.

Imp. y lib. de Hros de Santiago Rodriguez,
Pasaje de la Flora, núm. 12.

BU
3991
(20)



B.P. BURGOS
N.R. 110896
N.T. 74800
C.B. 98595
BU
3991
20



3398575 BU 3991 (20)
1096575
BU 3991 (20)

DISCURSO

del Profesor

Don Agustín Ruiz Yanguas

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Á LOS NIÑOS Y NIÑAS DE LAS ESCUELAS MUNICIPALES

el día 2 de Julio de 1891.



BURGOS.

Imp. y lib. de Hijos de Santiago Rodriguez,

Pasaje de la Flora, núm. 12.

Sal

Don. P. Mariano Garcia Herrera,
en testimonio sincero de la antigua a-
mistad y verdadero cariño que le profeso
su buen amigo

Agustín Ruiz Yanguas.

Discurso

del Profesor Don Agustín Ruiz Yanguas

Excmo. Sr.:

Grata emoción siente mi alma al contemplar tan magnífico cuadro. Los niños, que manifiestan en sus candorosos rostros la alegría que inunda su corazón al venir á recibir el premio de sus trabajos y virtudes. Los dignísimos representantes del Excmo. Ayuntamiento y Junta local que vienen á solemnizar las fiestas de la Ciudad con el acto más grande, más trascendental y más tierno, cual es el de alentar á la juventud buena y estudiosa, dándola el lauro conquistado tras un año de afán y de constancia. Y para matizar y completar bellamente éste hermoso cuadro, distinguidos caballeros y galanas damas que, cual frescas y lozanas rosas, vienen á embellecer y dar más vida y más variados tonos á tan agradable conjunto.

Mas al mismo tiempo, Excmo. Señor, siento latir con violencia mi corazón, porque temo no poder re-

presentar dignamente á mis compañeros, y porque temo á la par que mis palabras no lleven á vuestros oídos el raudal de elocuencia que vosotros mereceis escuchar, y que yo deseara poseer; mas considerad que la emoción quita la lucidez á mi inteligencia, hace vacilante mi palabra, y sólo deja fuerzas á mi corazón para sentir; solamente vuestra reconocida benevolencia me anima, y fiado en ella y en vuestra indulgencia paso á llenar mi cometido.

Viene el niño débil al mundo, nace desnudo, sin locomoción, sin medios de poder atender por sí mismo á su conservación. Mientras el ave surca ligera los aires á los pocos dias; el pez, cual ligero bagél, recorre las aguas apenas sale del huevo, y el bruto, á los pocos meses, se basta á sí propio para vivir.

Tiene el niño, en verdad, menos naturaleza, porque ha de tener más espíritu; tiene menos instinto, porque ha de tener más razón. Empero si el niño, al llegar á ser hombre, ha de cumplir su misión en ésta vida y encaminar todos sus actos á la consecución del fin último para que fuera criado, necesaria se hace, es absolutamente precisa su educación. Porque el hombre, con ser más grande que el sol, como dice Pascal, porque él piensa, conoce, siente y quiere, y el sol nó, está expuesto á extravíos, y no puede hacer nada por

si solo sin que la educación le dirija desde los primeros años de su vida. Un niño, abandonado desde la infancia, difícilmente podría dominar los vicios y pasiones á que le arrastraría su peor enemigo, la carne.

Sin la educación, la mayor parte de sus facultades quedarían sumidas en el letárgico estado en que aparecen al principio de su existencia; los más preciosos gérmenes no llegarían á fructificar, sin la educación, que es el suave rocío, el dulce calor que hace brotar las hermosas semillas que el Criador depositara en el alma y en el corazón del niño, como desarrollarse no puede la semilla en la tierra sin el agua y el calor del sol. Porque la educación, señores, desenvuelve la sensibilidad, desarrolla las fuerzas físicas del niño, prepara las facultades de la inteligencia para la adquisición y el descubrimiento de la ciencia y de la verdad, y habitúa al hombre á practicar lo bueno, lo justo, lo honesto y á arraigar en el corazón sentimientos de amor á Dios y al prójimo.

La vida humana es muy compleja. De un lado Dios, el alma, la inmortalidad, la Religión, la moral; de otro, la sociedad, el hombre, la ciencia, el arte, la industria, el comercio, la política, como necesidades reales y positivas de la humanidad, requieren y exigen toda la atención, toda la actividad posible. Pretender que el

VI.

hombre conozca la verdad, aunque brilla en todas partes, que consiga la ciencia, que aspire al conocimiento de la verdad, de lo que es, como dice San Agustín, que posea el arte, que es la estética del corazón, y al que impulsa hácia el bien, sin la Instrucción primaria, sin la Escuela, sería empeño tan vano, como el querer fundar un edificio sobre la movable superficie de las arenas, como el querer remontarse hasta el sol, atravesando las etéreas regiones. Porque, al que desde niño, no se crea en su espíritu hábitos de trabajo, no se ilustra su inteligencia, sembrando en su corazón las semillas de la Caridad, de la obediencia y la humildad, de la urbanidad y la cortesía, de la veracidad y la economía, enseñándole á amar y esperar en el Dios que le redimió y le dignificó, poniendo en su alma un destello de su esencia creadora; de ese Dios que, como dice el P. Félix, da al genio de la filosofía la intuición y amor de cuanto hay de más justo; al genio del arte la intuición y el amor de cuanto hay de más hermoso; de ese Dios que es el motor divino del progreso filosófico, moral, social, científico y económico, y también del progreso artístico, nunca aprenderá después ni á conocer ni á amar á ese Dios tan grande y tan bueno; porque su corazón ya está encañonado por las pasiones y los vicios. Porque los niños,

así como todos los organismos jóvenes, por razón de su tierna edad, están en las condiciones más ventajosas y más favorables para apropiarse lo que ven y lo que oyen, y para adaptarse fácilmente á la vida y ambiente que les circuye y rodea.

Después de cometida en el Paraiso la culpa primitiva, dijo Dios al primer hombre: «In sudore vultus tui vesceris pane.» «Con el sudor de tu rostro comerás el pan.» De aquí se deduce perfectamente que este es un precepto general puesto á toda la humanidad, y el que pasa su vida en el ocio y las delicias, falta evidentemente á él. Por eso todos los legisladores y la sociedad toda miran como un peligro, como una peste, al hombre que no se consagra al trabajo. Además, el trabajo ennoblece y da vida al hombre; porque la inacción es la muerte; el movimiento es la vida. Nada está ocioso en el mundo; todo se mueve. El sistema de los mundos está basado en el movimiento. El trabajo es el progreso. La vida termina por la inacción.

Mas el trabajo necesita un guía. Este guía es la instrucción. La instrucción sí, que metodiza y hace agradable y fructífero el trabajo. El labrador, el artista, el obrero, el comerciante hallan en la instrucción el perfeccionamiento y progreso de sus respectivas ocupaciones.

VIII.

Mas hoy que la sociedad ha llegado á la indiferencia religiosa y que no tiene más ley que la del oro, ni más moral que la del interés, ni más Dios que el negocio y los goces materiales; hoy que, como dice el célebre Augusto Nicolás, el síntoma más desconsolador de la sociedad actual es que teme afirmar á *Dios* y no teme ayudar á la *revolución*, es de absoluta necesidad que la primera enseñanza sea eminentemente *religiosa*, porque el fin religioso de ésta enseñanza es producir en el mundo moral la *caridad*, con la cual ni las guerras, ni la envidia, ni el odio, ni las pasiones, ni la injusticia ni el dolo, ni la perfidia, ni la tiranía, ni la insubordinación son posibles, produciendo, por último, en el político el derecho y la verdadera libertad, no el libertinage.

Porque la Religión, con su doble misión de maestra y depositaria de la verdad y dispensadora del bien, es la *única luz* que, descendiendo desde las celestes regiones, disipa las tinieblas que nos ocultan nuestro porvenir; descubre las sendas por donde los pueblos y los individuos pueden marchar seguros á la realización de sus ideales, y es el refulgente faro que guía á la humanidad al puerto de salvación. Y así un hombre de recto corazón, sana conciencia y sinceramente religioso puede elevarse sobre el de más sublime inteli-

gencia; y un ignorante, en cuyo pecho arde viva la llama de la fé, que por ella sabe amar á sus hermanos, que se sacrifica en aras del bien, que su norte es la justicia, y su ideal la consecución del último fin para que fuera criado, vale más que Newton descubriendo las leyes del universo, más que Franklin aprisionando el rayo, más que Fulton con todas sus aplicaciones del vapor, y más que Edisón disputando al sol su luz con la electricidad.

Hoy que la fé va casi desapareciendo, y que los (mal llamados) espíritus fuertes creen que la Religión es propia solamente de mujeres y niños; hoy que se pretende hacer de la *razón* el único Dios, y del materialismo y naturalismo la norma de las conciencias; hoy que, según el célebre pedagogo italiano Parato, amenaza un peligro inminente á la juventud, y éste peligro más que en las aulas existe fuera de ellas; á saber: en el ambiente social que rodea y envuelve á la *Escuela y á la familia*, se hace preciso que la educación de la niñez sea profundamente religiosa, á despecho de los partidarios del laicismo. Porque de ésta manera, Señores, preparando una generación sinceramente religiosa, lograremos purificar la atmósfera social en que vivimos, ya demasiado corrompida y viciada por la continua propaganda del error en el orden

de las ideas, y por el escándalo del vicio en la esfera de las costumbres.

Es una verdad por todos reconocida, que no puede haber grandes nacionalidades, cuando falta la base principal de su engrandecimiento y felicidad, que es el Evangelio; cuando los sentimientos religiosos y morales, alma de la educación, no están hermanados con la *ciencia*, formando la manera de ser y de existir en todos los ciudadanos. Ved por qué en otro tiempo fué tan grande y poderosa nuestra Patria; ved por qué en el reinado de nuestro primer Carlos y en el del segundo Felipe no se ponía nunca el sol en los dominios españoles.

Pero si la instrucción y educación religiosa son tan necesarias é indispensables para el hombre, mayor aún es su necesidad en la mujer. Si descendiéramos al análisis de las causas productoras de los extravíos de la humanidad, hallaríamos con poco trabajo que los defectos de que ésta adolece obedecen en su mayor parte á la mala educación de la mujer. Porque la mujer, señores, es la *madre* y la *esposa* del hombre. Los que hemos gozado de la celestial armonía de la voz materna; á los que nos hemos embriagado con los dulces acordes de los labios de la mujer amada; á los que hayamos sentido infiltrarse en nuestro corazón las vi-

brantes cadencias de la voz de una compañera virtuosa y amante, nos toca en primer lugar, defender la instrucción de la mujer, porque todos hemos experimentado las dulces caricias y los amantes besos de una madre. Instruyamos, pero cristianamente, á la mujer si queremos que la humanidad marche por la senda del bien y de la virtud, porque así como Arquímedes pedía un punto de apoyo para remover con su palanca el universo, yo me atrevo á asegurar, y no es vano aserto, que con madres y esposas instruidas y cristianas se puede trastornar todo el actual orden de cosas y regenerar por completo la sociedad. En los tiempos de Grecia y Roma, en que la mujer era sólo un objeto de placer, la civilización permanecía estacionada y circunscrita á un determinado número de inteligencias. Pero desde que tuvo lugar el sangriento drama del Gólgota, la civilización humana siguió la corriente del progreso, impulsada por la influencia de la mujer, cuyas trabas acababa de romper una Virgen Madre, cuya gran figura se destaca radiante de gloria al pié del Santo Madero, regado por las dolorosas lágrimas de amor que brotan de los divinos ojos de la Madre de Jesús, de la Corredentora de la humanidad. ¡Soberbios, cuya pequeñez pretende agigantarse con la opresión de la mujer, no podeis negar á ésta su

participación directa en el progreso humano! Volved la vista al Calvario, y ved á María, á la mujer prometida en el Paraíso para aplastar la cabeza del dragón infernal, y no podreis menos de confesar que la mujer puede ayudar á la civilización humana. Porque Dios, como dice Donoso Cortés, ha santificado á las vírgenes en María, porque ella fué Virgen; á las esposas, porque ella fué Esposa; á las viudas, porque ella fué Viuda; á las hijas, porque ella fué Hija; á las madres, porque ella fué Madre. La mujer es el sol del hogar doméstico, á cuyo amoroso y benéfico calor se agrupa y forma una familia. Todo lo existente tiene una providencia; el hombre tiene dos: Dios, la providencia universal é infinita, y el amor de la madre, que es nuestra providencia en la tierra.

¿Y dónde, y cómo se conseguirá formar tales modelos de hombres y mujeres, me direis acaso? ¡Ah! la respuesta es bien sencilla: En la Escuela. En la Escuela, sí; por que no es la instrucción primaria, la Escuela, como vulgarmente se cree, la cátedra donde únicamente se enseña á leer, escribir y demás asignaturas que la Ley manda, no, esto es un error, el fin de la primera enseñanza es más grande, va más allá, tiende á educar al niño, y á prepararle para ser buen ciudadano y á encaminar su alma hácia su último fin,

porque ha de vivir después de acabado el mundo. El fin de la Escuela es desarrollar el amor, la caridad. Porque la *Escuela cristiana*, Señores, esa institución tan despreciada por los que no la conocen, esa casa tan humilde, tan pobre, tan pequeña al lado de los mármoreos palacios de los grandes y poderosos; la Escuela, donde en el silencio y en el olvido, el Maestro educa la futura generación, preparando hombres para la sociedad y ciudadanos para el Cielo, es la base más firme, la única base de la regeneración social.

Voy á terminar, porque he sido más largo de lo que me propuse. Excmo. Ayuntamiento, hay muchos niños que no pueden recibir más instrucción ni educación que la primaria, por eso es de absoluta, de imprescindible necesidad que vuestra atención preferente sea la Escuela, para que en ella adquiera el niño la mayor suma posible de conocimientos positivos; porque en el prólogo de su vida necesita el alumno que se le presente en un breve resúmen el cuadro general de ella, y así se excitará en él la curiosidad y el deseo de aumentar más adelante su caudal intelectual, y por éste camino se conseguirá formar obreros ilustrados, inteligentes, morales y modelo de ciudadanos, que no es posible moralizar un pueblo si antes no se le dan los medios de ilustrarse convenientemente.

Que así lo haceis, no necesito yo decirlo; que os habeis interesado en favor de la enseñanza, más de lo que yo pudiera decir y publicar, lo manifiesta clara y palpablemente este tiernísimo y solemne acto, y el empeño decidido del dignísimo Presidente, D. Emilio Luis y Rozas, y del Ayuntamiento que preside, de dotar á Burgos y sus Barrios de locales, cual nunca han tenido, (1) y cuya necesidad se hacía sentir de una manera apremiante. Seguid, Excmo. Sr., por tan buena senda, que el bien que haceis, poniendo la instrucción al alcance de todas las clases sociales, es inmenso, es trascendental; porque un pueblo es tanto más grande, cuanto más instruidos son sus ciudadanos; y os cabrá la inmensa gloria de haber puesto los medios y procurado los recursos necesarios para que Burgos, la muy noble y muy más leal Ciudad, la antigua Cámara de Reyes, vuelva á ser cuna de sabios y de santos, porque (2) «En esa juventud, que hoy balbucea—Del saber los primeros rudimentos,—Se esconde acaso la futura idea—Que ha de mover del mundo los cimientos.»

He dicho.

AGUSTÍN RUIZ YANGUAS.

(1) Se han hecho en Villatoro, Villimar, San Pedro, Escuela de niñas de Vega, y está ya hecho el plano, memoria y presupuesto, para un magnífico local de niños y niñas en los Valillos.

(2) Manuel del Palacio.

